

En la Playa

UNO MENOS

TIERRA y cielo, acariciados por los rayos del sol que ya va de caída, parecen sonreír en esta hora de intensa calma e inefable paz. Y sin embargo, sobre el tranquilo horizonte de mi alma flota una nubecilla de tristeza, que abstra-yéndome de la realidad presente, me hace sentir el aleteo de realidades que fueron; de las cuales sólo me queda la augusta reliquia del recuerdo, a la que rindo perenne culto en el altar del santuario de mi corazón.

No sé por que me es tan grata a veces la compañía del dolor, y por qué me place conservar en lo más hondo del corazón, adheridos a su más sensible fibra, recuerdos que humedecen los ojos, y hacen en ocasiones sentir al alma frios de soledad y silencios de cementerio.

Hay recuerdos que lastiman que sacuden nuestro espíritu con vibraciones de dolor; que invaden como densa niebla la atmósfera del corazón: recuerdos precursores de lágrimas, que resbalan gruesas y mudas, como resbalan las gotas una tras otra sobre el mármol de las tumbas.

Pero hay también momentos, y son muchos, en los que el alma no está bien sino con esos recuerdos. Los necesita, le hacen falta; y cuando saboreando su compañía se identifica con ellos, vuelve a vivir las realidades de un pasado exuberante de venturas, ubérrimo en amores santos, porque santos son los amores del hogar, cuando al calor de las virtudes maternas sobrevien los ángeles de la tierra.

No me refiero, nó, a esos recuerdos estériles que van acompañados de tristezas que consumen, de decaimientos que rinden, de inacciones que enervan. Hablo de recuerdos que animan y confortan, que estimulan y consuelan; y aunque vengan acompañados del dolor y vestidos de luto, esconden en su fondo alegrías desconocidas, hechizos inenarrables, dulzuras que son de cielo: recuerdos que despiden resplandores ultraterrenos, e iluminan el camino de la vida, y animan al viajero a no detenerse en los arenales del desierto, a seguir adelante, cada vez más de prisa, sin desviarse, sin volver la vista atrás, avanzando, siempre avanzando, en marcha ascendente, hacia la verdadera patria, donde viven la verdadera vida los seres queridos, los que se fueron, objeto de estos tiernos y amorosos recuerdos que yo llevo, y quiero llevar siempre pegados al alma.

Tiempo hace que con ellos camino por los abruptas sendas de la vida,

porque hace tiempo que la muerte comenzó a privarme, demasiado pronto por desgracia, de esos seres, que tantos consuelos me prodigaron y tantas dulzuras pusieron en mi existencia en las horas amargas del dolor, más frecuentes y duraderas que las horas de calma y de ventura.

De los que quedan, de los que aún viven y quiera Dios vivan muchos años, me separan distancias que yo no sé si se irán acortando hasta desaparecer, o antes se encargará la muerte de hacerlas definitivamente infranqueables.

No me quejo, ni detengo el paso; y en las silenciosas y prolongadas soledades del desierto sé bendecir a Dios como mi santa madre me enseñó a bendecirlo en el oasis encantador del hogar bendito.

El recuerdo que siempre me acompaña, hace que retornen y revivan y estén a mi lado los seres idos por quienes suspira el corazón; y sus ejemplos y virtudes, todo lo que en ellos ví y amé, me sirve de enseñanza y guía para obrar como ellos obraron, virtuosamente, dignamente, según la ley; y para aborrecer lo que rebaja y envilece; y para amar sólo lo que se debe amar, todo cuanto se puede amar sin culpa y sin remordimiento, con amores santos que por venir del cielo dignifican y ennoblecen; y no se marchitan con los duelos de la ausencia ni con las crueldades de la muerte, ni están condenados a hundirse y desaparecer con el polvo bajo la fría losa de los sepulcros...

Estoy rumiando estos pensamientos después de haber visitado, hace una hora, la tumba que guarda los restos de un amigo querido, que la muerte se llevó despiadada, demostrando, como siempre, decidido interés en arrebatar la vida a los que mayor vacío suelen dejar en el mundo cuando se van... ¡La tumba del P. Manuel Fernandez Alvarez, miembro ilustre de la siempre ilustre y benemérita Orden Dominicana!

Cuando por última vez lo visité, horas antes de morir, quiso sonreírme con la misma sonrisa, ingenua y franca, que tantas veces ví dibujada en sus labios, hija de su bueno, sencillo y hermoso corazón. Aún alzó trabajosamente su mano para estrechar la mía; y me miró, paciente y resignado, con una mirada en la que puso su última despedida, su postrer adiós.

Fué entonces cuando el digno Prior de Santo Domingo, P. Jesús Bort, y el P. José García le presentaron, acabado de imprimir, el primer ejemplar

de Cardenchas, que veía la luz pública precisamente cuando el autor cerraba sus ojos a la luz creada, y los abría a la increada e inmortal.

De todo se dió cuenta el moribundo, pues la muerte no se atrevió a sombrecar la lucidez de la clara y despejada inteligencia del sabio y del artista, hasta el momento crítico del golpe fatal.

El poeta miró su libro, y elevó después la vista al cielo, quizá para dar a Dios la gloria de todo; ya que en *El buscó*, y en *El bebió* las puras aguas de la verdadera inspiración y de la belleza, que tan hermosamente derramó en sus poesías.

Me despedí impresionado y triste del poeta moribundo, del amigo que se iba; y pocas horas después, las campanas anunciaban su vuelo a la patria inmortal por la que suspiró en el destierro.

¡Descanse en paz el inspirado vate, el profundo y modesto sabio, el incansable polemista, el ilustre profesor, el pulcro y ameno periodista, el celoso sacerdote, el observante religioso, el fiel y buenísimo amigo P. Manuel Fernandez Alvarez...!

Aquí tengo su libro, que todas las tardes suelo leer en esta soledad, a la vera de las olas, saboreando las poesías que el flexible ingenio del finado vació en Cardenchas.

Como otras muchas alondras de los claustros se separó de la tierra y remontó el vuelo para cantar en horizontes puros, fuera del espacio, yendo a buscar ideales en la fuente de todo ideal, de toda verdad y de toda belleza, en Dios.

Y leyendo su libro, descubro al poeta que conoce muy bien los secretos de la poesía lírica, como lo demuestra especialmente en Marianas, y sabe también pasearse por los terrenos de la épica, cuya lira hubiera pulsado con acierto y buen éxito, si a eso se hubiese dedicado, según se desprende de la lectura de las tituladas Patrióticas. Y ni uno ni otro género es óbice para que el poeta intercale en otras poesías grandes dosis de sal ática, cuando se apodera de un asunto que merece la jocosidad, la ironía o el donaire.

Ojalá que el ejemplo de incansable actividad legado por el P. Manuel, nos sirva para trabajar también sin cansancio por la buena casa, seguros de conseguir la corona inmortal prometida a los que trabajan y perseveran hasta el fin.

Oremos entretanto por su alma.

EL SOLITARIO.